



tina y el príncipe Víctor Napoleón de Francia. El monarca acaparó la conversación toda la noche. Hablaba como un predicador inspirado y cuando describía las crueldades de los comerciantes árabes de esclavos que partían de Zanzíbar a hacer sus «correrías», su recia voz alcanzaba acentos místicos. La Europa cristiana tenía la obligación de poner fin a aquel tráfico de carne humana. Él se lo había propuesto y ésta sería la ofrenda de la pequeña Bélgica a la civilización: liberar a aquella dolida humanidad de semejante horror. Las elegantes señoras bostezaban, el príncipe Napoleón susurraba galanterías a su vecina y nadie escuchaba a la orquesta que tocaba un concierto de Haydn.

A la mañana siguiente Leopoldo II llamó al cónsul inglés para que hablaran a solas. Lo recibió en su gabinete particular. Había muchos bibelots de porcelana y figurillas de jade y marfil. El soberano olía a colonia y tenía las uñas charoladas. Como la víspera, Roger no pudo casi colocar palabra. El rey de los belgas habló de su empeño quijotesco y lo incomprendido que era por periodistas y políticos resentidos. Se cometían errores y había excesos, sin duda. ¿La razón? No era fácil contratar gente digna y capaz que quisiera arriesgarse a trabajar en el lejano Congo. Pidió al cónsul que si advertía algo que corregir en su nuevo destino le informara a él, personalmente. La impresión que el rey de los belgas le causó fue la de un personaje pomposo y ególatra.

Ahora, en 1902, dos años después, se decía que sin duda era eso, pero, también, un estadista de inteligencia fría y maquiavélica. Apenas constituido el Estado Independiente del Congo, Leopoldo II, mediante un decreto de 1886, reservó como *Domaine de la Couronne* (Dominio de la Corona) unos doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados entre los ríos Kasai y Ruki, que sus exploradores —principalmente Stanley— le indicaron eran ricos en árboles de caucho. Esa extensión quedó fuera de todas las concesiones a empresas privadas, destinada a ser explo-

tada por el soberano. La Asociación Internacional del Congo fue sustituida, como entidad legal, por L'État Indépendant du Congo, cuyo único presidente y *trustee* (apoderado) era Leopoldo II.

Explicando a la opinión pública internacional que la única manera efectiva de suprimir la trata de esclavos era mediante «una fuerza de orden», el rey envió al Congo dos mil soldados del Ejército regular belga al que debía añadirse una milicia de diez mil nativos, cuyo mantenimiento debería ser asumido por la población congoleña. Aunque la mayor parte de ese Ejército estaba comandado por oficiales belgas, en sus filas y, sobre todo, en los cargos directivos de la milicia, se infiltraron gentes de la peor calaña, rufianes, ex presidiarios, aventureros hambrientos de fortuna salidos de las sentinas y los barrios prostibularios de media Europa. La Force Publique se enquistó, como un parásito en un organismo vivo, en la maraña de aldeas diseminadas en una región del tamaño de una Europa que iría desde España hasta las fronteras con Rusia para ser mantenida por esa comunidad africana que no entendía lo que le ocurría, salvo que la invasión que caía sobre ella era una plaga más depredadora que los cazadores de esclavos, las langostas, las hormigas rojas y los conjuros que traían el sueño de la muerte. Porque soldados y milicianos de la Fuerza Pública eran codiciosos, brutales e insaciables tratándose de comida, bebida, mujeres, animales, pieles, marfil y, en suma, de todo lo que pudiera ser robado, comido, bebido, vendido o fornicado.

Al mismo tiempo que de este modo se iniciaba la explotación de los congoleños, el monarca humanitario comenzó a dar concesiones a empresas para, según otro de los mandatos que recibió, «abrir mediante el comercio el camino de la civilización a los nativos del África». Algunos comerciantes murieron derribados por fiebres palúdicas, picados por serpientes o devorados por las fieras debido a su desconocimiento de la selva, y otros pocos cayeron bajo las

flechas y lanzas envenenadas de nativos que osaban rebelarse contra esos forasteros de armas que reventaban como el trueno o quemaban como el rayo, quienes les explicaban que, según contratos firmados por sus caciques, tenían que abandonar sus sembríos, la pesca, la caza, sus ritos y rutinas para volverse guías, cargadores, cazadores o recolectores de caucho, sin recibir salario alguno. Buen número de concesionarios, amigos y validos del monarca belga hicieron en poco tiempo grandes fortunas, sobre todo él.

Mediante el régimen de concesiones, las compañías se fueron extendiendo por el Estado Independiente del Congo en ondas concéntricas, adentrándose cada vez más en la inmensa región bañada por el Medio y Alto Congo y su telaraña de afluentes. En sus respectivos dominios, gozaban de soberanía. Además de ser protegidas por la Fuerza Pública, contaban con sus propias milicias a cuya cabeza figuraba siempre algún ex militar, ex carcelero, ex preso o forajido, algunos de los cuales se harían célebres en toda el África por su salvajismo. En pocos años el Congo se convirtió en el primer productor mundial del caucho que el mundo civilizado reclamaba cada vez en mayor cantidad para hacer rodar sus coches, automóviles, ferrocarriles, además de toda clase de sistemas de transporte, atuendo, decoración e irrigación.

De nada de esto fue cabalmente consciente Roger Casement aquellos ocho años —1884 a 1892— en que, sudando la gota gorda, padeciendo fiebres palúdicas, tostandose con el sol africano y llenándose de cicatrices por las picaduras, arañazos y rasguños de plantas y alimañas, trabajaba con empeño para apuntalar la creación comercial y política de Leopoldo II. De lo que sí se enteró fue de la aparición y reinado en aquellos infinitos dominios del emblema de la colonización: el chicote.

¿Quién inventó ese delicado, manejable y eficaz instrumento para azuzar, asustar y castigar la indolencia, la torpeza o la estupidez de esos bípedos color ébano que

nunca acababan de hacer las cosas como los colonos esperaban de ellos, fuera el trabajo en el campo, la entrega de la mandioca (*kwango*), la carne de antílope o de cerdo salvaje y demás alimentos asignados a cada aldea o familia, o fueran los impuestos para sufragar las obras públicas que construía el Gobierno? Se decía que el inventor había sido un capitán de la Force Publique llamado monsieur Chicot, un belga de la primera oleada, hombre a todas luces práctico e imaginativo, dotado de un agudo poder de observación, pues advirtió antes que nadie que de la durísima piel del hipopótamo podía fabricarse un látigo más resistente y dañino que los de las tripas de equinos y felinos, una cuerda sarmentosa capaz de producir más ardor, sangre, cicatrices y dolor que cualquier otro azote y, al mismo tiempo, ligero y funcional, pues, engarzado en un pequeño mango de madera, capataces, cuarteros, guardias, carceleros, jefes de grupo, lo podían enrollar en su cintura o colgarlo del hombro, casi sin darse cuenta que lo llevaban encima por lo poco que pesaba. Su sola presencia entre los miembros de la Fuerza Pública tenía un efecto intimidatorio: se agrandaban los ojos de los negros, las negras y los negritos cuando lo reconocían, las pupilas blancas de sus caras retintas o azuladas brillaban asustadas imaginando que, ante cualquier error, traspíe o falta, el chicote rasgaría el aire con su inconfundible silbido y caería sobre sus piernas, nalgas y espaldas, haciéndolos chillar.

Uno de los primeros concesionarios en el Estado Independiente del Congo fue el norteamericano Henry Shelton Sanford. Había sido agente y cabildero de Leopoldo II ante el Gobierno de Estados Unidos y pieza clave de su estrategia para que las grandes potencias le cedieran el Congo. En junio de 1886 se formó la Sanford Exploring Expedition (SEE) para comerciar con marfil, goma de mascar, caucho, aceite de palma y cobre, en todo el Alto Congo. Los forasteros que trabajaban en la Asociación Internacional del Congo, como Roger Casement, fueron transferidos a la

SEE y sus empleos asumidos por belgas. Roger pasó a servir a la Sanford Exploring Expedition por ciento cincuenta libras esterlinas al año.

Comenzó a trabajar en septiembre de 1886 como agente encargado del almacén y del transporte en Matadi, palabra que en kikongo significa piedra. Cuando Roger se instaló allí, esa estación construida en la ruta de las caravanas era apenas un claro abierto en el bosque a punta de machete, a orillas del gran río. Hasta allí había llegado cuatro siglos atrás la carabela de Diego Cao y el navegante portugués dejó inscrito en una roca su nombre, que todavía se podía leer. Una empresa de arquitectos e ingenieros alemanes comenzaba a construir las primeras casas, con madera de pino importada de Europa —¡importar madera al África!—, y embarcaderos y depósitos, trabajos que, una mañana —Roger recordaba nítidamente aquel percance—, fueron interrumpidos por un ruido de terremoto y la irrupción en el claro de una manada de elefantes que por poco desaparece al naciente poblado. Seis, ocho, quince, dieciocho años Roger Casement fue viendo cómo aquella aldea minúscula que empezó a construir con sus propias manos para que sirviera de depósito de las mercancías de la Sanford Exploring Expedition (SEE), se iba ensanchando, trepando las suaves colinas del contorno, aumentando las casas cúbicas de los colonos, de madera, de dos pisos, con largas terrazas, techos cónicos, jardincillos, ventanas protegidas con tela metálica y llenándose de calles, esquinas y gente. Además de la primera iglesia católica, la de Kin-kanda, había ahora en 1902 otra más importante, la de Notre Dame Médiatrice, y una misión bautista, una farmacia, un hospital con dos médicos y varias monjas enfermeras, una oficina de correos, una hermosa estación de ferrocarril, una comisaría, un juzgado, varios depósitos de aduana, un sólido embarcadero y tiendas de ropa, alimentos, conservas, sombreros, zapatos e instrumentos de labranza. Alrededor de la ciudad de los colonos había sur-

gido una variopinta barriada de bakongos de chozas de cañas y barro. Aquí, en Matadi, se decía a veces Roger, estaba presente, mucho más que en la capital, Boma, la Europa de la civilización, la modernidad y la religión cristiana. Matadi tenía ya un pequeño cementerio en la colina de Tunduwa, junto a la misión. Desde esa altura se dominaban las dos orillas y una larga franja del río. Allí se enterraba a los europeos. Por la ciudad y el embarcadero circulaban sólo los indígenas que trabajaban como sirvientes o cargadores y tenían un pase que los identificaba. Cualquiera otro que franqueara esos límites era expulsado para siempre de Matadi después de pagar una multa y recibir unos chicotazos. Todavía en 1902 el gobernador general podía jactarse de que ni en Boma ni en Matadi se había registrado un solo robo, homicidio ni violación.

De los dos años en que trabajó para la Sanford Exploring Expedition, entre sus veintidós y veinticuatro años, Roger Casement recordaría siempre dos episodios: el transporte del *Florida* a lo largo de varios meses, desde Banana, el minúsculo puerto en la desembocadura del río Congo en el Atlántico, hasta Stanley Pool, por la ruta de las caravanas, y el incidente con el teniente Francqui, a quien, rompiendo por una vez su serena disposición de ánimo por la que le hacía bromas su amigo Herbert Ward, estuvo a punto de lanzar a los remolinos del río Congo y de quien se salvó de milagro de recibir un balazo.

El *Florida* fue un imponente barco que la SEE trajo hasta Boma, para que sirviera de mercante en el Medio y Alto Congo, es decir, al otro lado de los Montes de Cristal. Livingstone Falls, la cadena de cataratas que separaba a Boma y Matadi de Leopoldville, remataba en un nudo de torbellinos que le ganaron la denominación de Caldero del Diablo. A partir de allí y hacia el oriente el río era navegable en miles de kilómetros. Pero, hacia el occidente, perdía mil pies de altura en su descenso al mar, lo que en largos tramos del recorrido lo volvía innavegable.

como naipes barajados. Si no hubiera llevado en sus cuadernos un registro tan minucioso de fechas, lugares, testimonios y observaciones, en su memoria todo aquello andaría revuelto y trastocado. Cerraba los ojos y, en un torbellino vertiginoso, aparecían y reaparecían esos cuerpos de ébano con cicatrices rojizas como viboritas rajándose las espaldas, las nalgas y las piernas, los muñones de niños y viejos en sus brazos cercenados, las caras macilentas, cadavéricas, de las que parecían haber sido extraídas la vida, la grasa, los músculos, quedando en ellas sólo la piel, la calavera y esa expresión o mueca fija que expresaba, más que el dolor, la infinita estupefacción por aquello que padecían. Y era siempre lo mismo, hechos que se repetían una y otra vez en todas las aldeas y villorrios donde Roger Casement ponía los pies con sus libretas, lápices y su cámara fotográfica.

Todo era simple y claro en el punto de partida. A cada aldea se le habían fijado unas obligaciones precisas: entregar unas cuotas semanales o quincenales de alimentos —mandioca, aves de corral, carne de antílope, cerdos salvajes, cabras o patos— para alimentar a la guarnición de la Force Publique y a los peones que abrían caminos, plantaban los postes de telégrafo y construían embarcaderos y depósitos. Además, la aldea debía entregar determinada cantidad de caucho recolectado en canastas tejidas con lianas vegetales por los mismos indígenas. Los castigos por incumplir estas obligaciones variaban. Por entregar menos de las cantidades establecidas de alimentos o de caucho, la pena eran los chicotazos, nunca menos de veinte y a veces hasta cincuenta o cien. Muchos de los castigados se desangraban y morían. Los indígenas que huían —muy pocos— sacrificaban a su familia porque, en ese caso, sus mujeres quedaban como rehenes en las *maisons d'otages* que la Force Publique tenía en todas sus guarniciones. Allí, las mujeres de prófugos eran azotadas, condenadas al suplicio del hambre y de la sed, y a veces sometidas a tortu-

ras tan retorcidas como hacerles tragar su propio excremento o el de sus guardianes.

Ni siquiera las disposiciones dictadas por el poder colonial —compañías privadas y propiedades del rey por igual— se respetaban. En todos los lugares el sistema era violado y empeorado por los soldados y oficiales encargados de hacerlo funcionar, porque en cada aldea los militares y agentes del Gobierno aumentaban las cuotas, a fin de quedarse ellos con parte de los alimentos y unas canastas de caucho, con los que hacían pequeños negocios revendiéndolos.

En todas las aldeas que Roger visitó, las quejas de los caciques eran idénticas: si todos los hombres se dedicaban a recoger caucho ¿cómo podían salir a cazar y cultivar mandioca y otros alimentos para dar de comer a las autoridades, jefes, guardianes y peones? Además, los árboles de caucho se iban agotando, lo que obligaba a los recolectores a internarse cada vez más lejos, en regiones desconocidas e inhóspitas donde muchos habían sido atacados por leopardos, leones y víboras. No era posible cumplir con todas esas exigencias, por más esfuerzos que hicieran.

El 1 de septiembre de 1903 Roger Casement cumplió treinta y nueve años. Navegaban en el río Lopori. La víspera habían dejado atrás el poblado de Isi Isulo, en las colinas que trepaban la montaña de Bongandanga. El cumpleaños quedaría grabado de manera imborrable en su memoria, como si Dios o acaso el diablo hubiera querido que ese día comprobara que, en materia de crueldad humana, no había límites, que siempre era posible ir más allá inventando maneras de infligir tormento al prójimo.

El día amaneció nublado y con amenaza de tormenta, pero la lluvia no llegó a estallar y toda la mañana la atmósfera estuvo cargada de electricidad. Roger se disponía a desayunar cuando llegó hasta el improvisado embarcadero donde estaba acoderado el *Henry Reed* un monje trapense, de la misión que tenía aquella orden en la loca-

e integrándola al mundo moderno. Defendió las «correrías», gracias a las cuales, dijo, todavía había brazos para recolectar el caucho. Porque el gran problema de la selva era la falta de trabajadores que recogieran esa preciosa sustancia con la que el Hacedor había querido dotar a esta región y bendecir a los peruanos. Este «maná del cielo» se estaba desperdiciando por la pereza y la estupidez de los salvajes que se negaban a trabajar como recogedores del látex y obligaban a los caucheros a ir a las tribus a traerlos a la fuerza. Lo que significaba una gran pérdida de tiempo y de dinero para las empresas.

—Bueno, ésa es una manera de ver las cosas —lo interrumpió Roger Casement, con parsimonia—. También hay otra.

Víctor Israel era un hombre alargado, delgadísimo, con mechones blancos en su gran melena lacia que le llegaba hasta los hombros. Tenía una barbita de varios días en su gran cara huesuda y unos ojitos oscuros triangulares, algo mefistofélicos, que se clavaron en Roger Casement, desconcertados. Llevaba un chaleco colorado y, encima, tirantes, así como una chalina de fantasía sobre los hombros.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero al punto de vista de los que usted llama salvajes —explicó Casement, en tono trivial, como si hablara del tiempo o los mosquitos—. Póngase en su lugar por un momento. Están allí, en sus aldeas, donde han vivido años o siglos. Un buen día llegan unos señores blancos o mestizos con escopetas y revólveres y les exigen abandonar a sus familias, sus cultivos, sus casas, para ir a recoger caucho a decenas o centenas de kilómetros, en beneficio de unos extraños, cuya única razón es la fuerza de que disponen. ¿Usted iría de buena gana a recoger el famoso látex, don Víctor?

—Yo no soy un salvaje que vive desnudo, adora a la yacumama y ahoga en el río a sus hijos si nacen con el labio leporino —repuso el cauchero, con una risotada sar-

dónica que acentuaba su disgusto—. ¿Pone usted en un mismo plano a los caníbales de la Amazonía y a los pioneros, empresarios y comerciantes que trabajamos en condiciones heroicas y nos jugamos la vida por convertir estos bosques en una tierra civilizada?

—Tal vez usted y yo tengamos un concepto distinto de lo que es civilización, mi amigo —dijo Roger Casement, siempre con ese tonito de bonhomía que parecía irritar sobremanera a Víctor Israel.

En la misma mesa del póquer estaban el botánico Walter Folk y Henry Fielgald, en tanto que los otros miembros de la Comisión se habían tumbado en sus hamacas para descansar. Era una noche serena, tibia y una luna llena iluminaba las aguas del Amazonas con un resplandor plateado.

—Me gustaría saber cuál es su idea de la civilización —dijo Víctor Israel. Sus ojos y su voz echaban chispas. Su irritación era tanta que Roger se preguntó si el cauchero no iría de repente a sacar el arqueológico revólver que llevaba en su cartuchera y a dispararle.

—Se podría sintetizar diciendo que es la de una sociedad donde se respeta la propiedad privada y la libertad individual —explicó, con mucha calma, todos sus sentidos alertas por si Víctor Israel intentaba agredirlo—. Por ejemplo, las leyes británicas prohíben a los colonos ocupar las tierras de los indígenas en las colonias. Y prohíben también, con pena de cárcel, emplear la fuerza contra los nativos que se niegan a trabajar en las minas o en los campos. Usted no piensa que la civilización sea eso. ¿O me equivoco?

El flaco pecho de Víctor Israel subía y bajaba agitando la extraña blusa con mangas bombachas que llevaba abotonada hasta el cuello y el chaleco colorado. Tenía ambos pulgares metidos en los tirantes y sus ojitos triangulares estaban inyectados como si sangraran. Su boca abierta mostraba una hilera de dientes desiguales manchados de nicotina.

uno de los más sanguinarios lugartenientes de Arana en el Putumayo.

Mientras escalaban la ladera, lo observó. Era un hombre de edad indefinible, fortachón, más bajo que alto, un cholo blancón pero con los rasgos algo orientales de un indígena, nariz achatada, boca de labios muy anchos siempre abiertos que mostraban dos o tres dientes de oro, la expresión dura de alguien curtido por la intemperie. A diferencia de los recién llegados, subía con facilidad la empinada cuesta. Tenía una mirada un tanto oblicua, como si mirase de costado para evitar el relumbre del sol o porque temía encarar a las personas. Tizón iba desarmado, pero Víctor Macedo lucía un revólver en la correa de su pantalón.

En el claro, muy ancho, había construcciones de madera sobre pilotes —gruesos troncos de árboles o columnas de cemento— con barandas en el segundo piso, techos de calamina las más grandes o, las más pequeñas, de hojas trenzadas de palmera. Tizón iba explicándoles a la vez que señalaba —«Allí están las oficinas», «Ésos son depósitos de caucho», «En esta casa se alojarán ustedes»— pero Roger apenas lo oía. Observaba a los grupos de indígenas semi o totalmente desnudos que los ojeaban con indiferencia o evitaban mirarlos: hombres, mujeres y niños enclenques, algunos con pintura en la cara y en los pechos, de piernas tan flacas como cañas, pieles pálidas, amarillentas, y, a veces, con incisiones y colguijos en los labios y orejas que le recordaron a los nativos africanos. Pero aquí no había negros. Los pocos mulatos y morenos que divisó llevaban pantalones y botines y eran sin duda parte del contingente de Barbados. Contó cuatro. A los «muchachos» o «rationales» los reconoció de inmediato, pues, aunque indios y descalzos, se habían cortado el pelo, se peinaban como los «cristianos» y vestían pantalones y blusas, y llevaban colgados a la cintura palos y látigos.

En tanto que los demás miembros de la Comisión debieron compartir las habitaciones de dos en dos, Roger

Casement tuvo el privilegio de contar con una para él solo. Era un cuartito pequeño, con una hamaca en vez de cama y un mueble que podía servir a la vez de baúl y de escritorio. Sobre una mesita había un lavador, una jarra de agua y un espejo. Le explicaron que, en el primer piso, junto a la entrada, había un pozo séptico y una ducha. Apenas se instaló y dejó sus cosas, antes de sentarse a almorzar, Roger dijo a Juan Tizón que quería comenzar esta tarde misma a entrevistar a todos los barbadenses que hubiera en La Chorrera.

Para entonces ya se le había metido en las narices ese olor rancio y penetrante, oleaginoso, parecido al de las plantas y hojas podridas. Impregnaba todos los rincones de La Chorrera y lo acompañaría mañana, tarde y noche los tres meses que duró su viaje al Putumayo, un olor al que nunca se acostumbró, que lo hizo vomitar y le daba arcadas, una pestilencia que parecía venir del aire, la tierra, los objetos y los seres humanos y que, desde entonces, se convertiría para Roger Casement en el símbolo de la maldad y el sufrimiento que ese jebe sudado por los árboles de la Amazonía había exacerbado a extremos vertiginosos. «Es curioso», le comentó a Juan Tizón, el día de su llegada. «En el Congo estuve muchas veces en caucherías y depósitos de caucho. Pero no recuerdo que el látex congelés despidiera un olor tan fuerte y desagradable.» «Son variedades distintas», le explicó Tizón. «Este huele más y es también más resistente que el africano. En las pacas que van a Europa se les echa talco para rebajar la pestilencia.»

Aunque el número de barbadenses en toda la región del Putumayo era de 196, sólo había seis en La Chorrera. Dos de ellos se negaron de entrada a conversar con Roger, pese a que éste, por intermedio de Bishop, les aseguró que su testimonio sería privado, que en ningún caso serían procesados por lo que le dijeran, y que él en persona se ocuparía de trasladarlos a Barbados si no querían seguir trabajando para la Compañía de Arana.

Los cuatro que aceptaron dar testimonio llevaban en el Putumayo cerca de siete años y habían servido a la Peruvian Amazon Company en distintas estaciones como capataces, un cargo intermedio entre los jefes y los «muchachos» o «rationales». El primero con el que conversó, Donal Francis, un negro alto y fuerte que cojeaba y tenía una nube en el ojo, estaba tan nervioso y se mostraba tan desconfiado que Roger supuso de inmediato que no obtendría gran cosa de él. Respondía monosílabos y negó todas las acusaciones. Según él, en La Chorrera jefes, empleados y «hasta salvajes» se llevaban muy bien. Nunca hubo problemas y menos violencia. Había sido bien aleccionado sobre lo que debía decir y hacer ante la Comisión.

Roger sudaba copiosamente. Bebía agua a sorbitos. ¿Serían tan inútiles como ésta las demás entrevistas con los barbadenses del Putumayo? No lo fueron. Philip Bertie Lawrence, Seaford Greenwich y Stanley Sealy, sobre todo este último, luego de vencer una prevención inicial y de recibir la promesa de Roger, en nombre del Gobierno británico, de que serían repatriados a Barbados, se lanzaron a hablar, a contar todo y a inculparse a sí mismos con vehemencia a veces frenética, como impacientes por descargar sus conciencias. Stanley Sealy ilustró su testimonio con tales precisiones y ejemplos que, pese a su larga experiencia con las atrocidades humanas, Casement en ciertos momentos tuvo mareos y una angustia que apenas le permitía respirar. Cuando el barbadense terminó de hablar se había hecho de noche. El zumbido de los insectos nocturnos parecía atronador como si millares de ellos revolotearan en su entorno. Estaban sentados en una banca de madera, en la terraza que daba al dormitorio de Roger. Habían fumado entre los dos un paquete de cigarrillos. En la oscuridad creciente Roger ya no podía ver los rasgos de ese mulato pequeño que era Stanley Sealy, sólo el contorno de su cabeza y sus brazos musculosos. Llevaba poco tiempo en La Chorrera. Había trabajado dos años en la

estación de Abisinia, como brazo derecho de los jefes Abelardo Agüero y Augusto Jiménez, y, antes, en Matanzas, con Armando Normand. Permanecían callados. Roger sentía las picaduras de los mosquitos en su cara, el cuello y los brazos, pero no tenía ánimos para espantarlos.

De pronto se dio cuenta de que Sealy lloraba. Se había llevado las manos a la cara y sollozaba despacio, con unos suspiros que hinchaban su pecho. Roger veía el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¿Crees en Dios? —le preguntó—. ¿Eres una persona religiosa?

—Lo fui de niño, me parece —gimoteó el mulato, con la voz desgarrada—. Mi madrina me llevaba a la iglesia los domingos, allá en St. Patrick, el pueblo donde nací. Ahora, no sé.

—Te lo pregunto porque a lo mejor te ayuda hablarle a Dios. No te digo rezarle, sino hablarle. Inténtalo. Con la misma franqueza con que me has hablado a mí. Cuéntale lo que sientes, por qué estás llorando. Él te puede ayudar más que yo, en todo caso. Yo no sé cómo hacerlo. Yo me siento tan descompuesto como tú, Stanley.

Al igual que Philip Bertie Lawrence y Seaford Greenwich, Stanley Sealy estaba dispuesto a repetir su testimonio ante los miembros de la Comisión e, incluso, delante del señor Juan Tizón. Siempre y cuando permaneciera junto a Casement y viajara con éste a Iquitos y luego a Barbados.

Roger entró a su cuarto, prendió los mecheros de aceite, se quitó la camisa y se lavó el pecho, las axilas y la cara con agua de la palangana. Le hubiera gustado darse una ducha, pero habría tenido que bajar y hacerlo al aire libre y sabía que su cuerpo sería devorado por los mosquitos que, en las noches, se multiplicaban en número y en ferocidad.

Bajó a cenar en la planta baja, en un comedor también iluminado con lámparas de aceite. Juan Tizón y sus compañeros de viaje estaban bebiendo un whiskey tibio

do en este mundo de inhumanidad y crueldades psicópatas. Propuso que pusieran fin al viaje y retornaran a Inglaterra de inmediato.

Roger repuso que no se opondría a que los demás partieran. Pero él permanecería en el Putumayo, de acuerdo al plan previsto, visitando algunas estaciones más. Quería que su informe fuera prolijo y documentado, para que tuviera más efecto. Les recordó que todos estos crímenes los cometía una compañía británica, en cuyo Directorio figuraban respetabilísimas personalidades inglesas, y que los accionistas de la Peruvian Amazon Company estaban llenándose los bolsillos con lo que aquí ocurría. Había que poner fin a ese escándalo y sancionar a los culpables. Para conseguirlo, su informe debía ser exhaustivo y contundente. Sus razones convencieron a los demás, incluido el desmoralizado Seymour Bell.

Para sacudirse la impresión que les había dejado a todos aquella apuesta de Fidel Velarde y Alfredo Montt, decidieron tomarse un día de descanso. A la mañana siguiente, en vez de proseguir con las entrevistas y averiguaciones, fueron a bañarse en el río. Pasaron muchas horas cazando mariposas con una red mientras el botánico Walter Folk exploraba el bosque en busca de orquídeas. Mariposas y orquídeas abundaban en la zona tanto como los mosquitos y los murciélagos que venían en las noches, en sus vuelos silentes, a morder a los perros, gallinas y caballos de la estación, contagiándoles a veces la rabia, lo que obligaba a matarlos y quemarlos para evitar una epidemia.

Casement y sus compañeros quedaron maravillados por la variedad, tamaño y belleza de las mariposas que revoloteaban por las cercanías del río. Las había de todas las formas y colores y sus aleteos gráciles y las manchas de luz que despedían cuando se posaban en alguna hoja o planta parecían encandilar el aire con notas de delicadeza, un desagravio contra esa fealdad moral que descubrían a cada paso, como si no hubiera fondo en esta tierra desgraciada para la maldad, la codicia y el dolor.

Walter Folk quedó sorprendido con la cantidad de orquídeas que colgaban de los grandes árboles, con sus elegantes y exquisitos colores, iluminando su contorno. No las cortaba ni permitió que sus compañeros lo hicieran. Pasaba mucho rato contemplándolas con un lente de aumento, tomando notas y fotografiándolas.

En Occidente Roger Casement llegó a tener una idea bastante completa del sistema que hacía funcionar la Peruvian Amazon Company. Tal vez en sus comienzos hubo algún tipo de acuerdo entre los caucheros y las tribus. Pero aquello era ya historia pues, ahora, los indígenas no querían ir a la selva a recoger caucho. Por eso, todo comenzaba con las «correrías» perpetradas por los jefes y sus «muchachos». No se pagaba salario ni los indígenas veían un solo centavo. Recibían del almacén los instrumentos de la recolección —cuchillos para las incisiones en los árboles, latas para el látex, canastas para acumular las pencas o bolas de caucho—, además de objetos domésticos como semillas, ropa, lámparas y algunos alimentos. Los precios eran determinados por la Compañía, de manera que el indígena siempre estuviera en deuda y trabajara el resto de su vida para amortizar lo que debía. Como los jefes no tenían sueldos sino comisiones por el caucho que reunían en cada estación, sus exigencias para obtener el máximo de látex eran implacables. Cada recogedor se internaba en la selva quince días, dejando a su mujer y sus hijos en calidad de rehenes. Los jefes y «rationales» disponían de ellos a discreción, para el servicio doméstico o para sus apetitos sexuales. Todos tenían verdaderos serrallos —muchas niñas que no habían llegado a la pubertad— que intercambiaban a su capricho, aunque a veces, por celos, había arreglos de cuentas a balazos y puñaladas. Cada quince días los recogedores volvían a la estación a traer el caucho. Éste era pesado en las balanzas trucadas. Si al cabo de tres meses no completaban los treinta kilos recibían castigos que iban desde latigazos al cepo, corte de orejas y narices, o, en los casos extremos, la tor-



tura y el asesinato de la mujer e hijos y del mismo recogedor. Los cadáveres no eran enterrados sino arrastrados al bosque para que se los comieran los animales. Cada tres meses las lanchas y vapores de la Compañía venían en busca del caucho que, entretanto, había sido ahumado, lavado y talqueado. Los barcos llevaban algunas veces su carga del Putumayo a Iquitos y otras directamente a Manaos para ser exportada de allí a Europa y los Estados Unidos.

Roger Casement comprobó que gran número de «racionales» no hacían el menor trabajo productivo. Eran meros carceleros, torturadores y explotadores de los indígenas. Estaban todo el día tumbados, fumando, bebiendo, divirtiéndose, pateando una pelota, contándose chistes o dando órdenes. Sobre los indígenas recaía todo el trabajo: construir viviendas, reponer los techos averiados por las lluvias, reparar el sendero que bajaba al embarcadero, lavar, limpiar, cargar, cocinar, llevar y traer cosas, y, en el poco tiempo libre que les quedaba, trabajar sus sembríos sin los cuales no hubieran tenido qué comer.

Roger comprendía el estado de ánimo de sus compañeros. Si a él, que, después de veinte años en África, creía haberlo visto todo, lo que aquí ocurría lo tenía alterado, con los nervios rotos, viviendo momentos de total abatimiento, cómo sería para quienes habían pasado la mayor parte de su vida en un mundo civilizado, creyendo que así era el resto de la Tierra, sociedades con leyes, iglesias, policías y costumbres y una moral que impedía que los seres humanos actuaran como bestias.

Roger quería continuar en el Putumayo para que su informe fuera lo más completo posible, pero no era sólo eso. Otra razón era la curiosidad que sentía por conocer a ese personaje que, según todos los testimonios, era el paradigma de la crueldad de este mundo: Armando Normand, el jefe de Matanzas.

Desde Iquitos oía anécdotas, comentarios y alusiones a este nombre siempre asociado a tales maldades e igno-

minias que había ido obsesionándose con él, al extremo de tener pesadillas de las que despertaba bañado en sudor y el corazón acelerado. Estaba seguro de que muchas cosas que había oído a los barbadenses sobre Normand eran exageraciones atizadas por la imaginación calenturienta tan frecuente en las gentes de estas tierras. Pero, aun así, que este sujeto hubiera podido generar semejante mitología indicaba que se trataba de un ser que, aunque pareciera imposible, superaba todavía en salvajismo a facinerosos como Abelardo Agüero, Alfredo Montt, Fidel Velarde, Elías Martinengui y otros de su especie.

Nadie sabía con certeza su nacionalidad —se decía que era peruano, boliviano o inglés— pero todos coincidían en que no llegaba a los treinta años y que había estudiado en Inglaterra. Juan Tizón había oído decir que tenía un título de contador de un instituto en Londres.

Al parecer era bajito, delgado y muy feo. Según el barbadense Joshua Dyall, de su personita insignificante irradiaba una «fuerza maligna» que hacía temblar a quien se le acercaba y su mirada, penetrante y glacial, parecía de víbora. Dyall aseguraba que no sólo los indios, también los «muchachos» y hasta los mismos capataces se sentían inseguros a su lado. Porque en cualquier momento Armando Normand podía ordenar o ejecutar él mismo una ferocidad escalofriante sin que se le alterara la indiferencia desdeñosa hacia todo lo que lo rodeaba. Dyall confesó a Roger y a la Comisión que, en la estación de Matanzas, Normand le ordenó un día asesinar a cinco andoques, castigados por no haber cumplido con las cuotas de caucho. Dyall mató a los dos primeros a balazos, pero el jefe ordenó que, a los dos siguientes, les aplastara primero los testículos con una piedra de amasar yuca y los rematara a garrotazos. Al último, hizo que lo estrangulara con sus manos. Durante toda la operación estuvo sentado en un tronco de árbol, fumando y observando, sin que se alterara la expresión indolente de su carita rubicunda.